

Lo que Dios hace con nuestros pecados

Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones (Hebreos 10.17).

“ARREPENTÍOS, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38). Esto fue la respuesta del predicador al lamento anhelante de los judíos de corazón compungido en el día de Pentecostés que habían preguntado, “¿Varones hermanos, qué haremos?”. Predicando en Jerusalén poco después a otra audiencia grande, Pedro les mandó, “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos del refrigerio” (Hechos 3.19). En ambas ocasiones Pedro ordenó la obediencia al Señor respecto a la remisión de pecados.

Dios nos ama y está listo en todo tiempo perdonarnos y salvarnos. No es necesario rogar e implorar con Dios para convencerlo que nos perdona.

El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza; sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3.9).

Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2.3-4).

Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, Y grande en misericordia para con todos los

que te invocan (Salmos 86.5).

No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos; antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre. Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste (Nehemías 9.17).

El hombre está agobiado con una carga tremenda de pecados. Pero Dios es misericordioso y piadoso, y está dispuesto a quitarnos la carga perdonándonos. ¿Qué debe hacer el hombre acerca de sus pecados? ¿Qué hace Dios con nuestros pecados cuando El perdona?

I. LO QUE TENEMOS QUE HACER ACERCA DE NUESTROS PECADOS

Las personas que están enfermas físicamente y saben que lo están, buscan un médico y un remedio. Un hombre fue al médico para un examen físico y le dijo el médico que tenía cáncer. Sus médicos le dieron todos los tratamientos que eran equipados para darle, pero poco a poco se puso más grave. Gastó todo su dinero y pidió prestado más por tratamientos adicionales en otro hospital. Quería vivir desesperadamente y estaba dispuesto a sacrificar cualquier cosa necesaria para poder ser curado.

La gente afligida con la enfermedad espiritual

del pecado debería estar tan interesada en recibir el “bálsamo de Galaad” (Jeremías 8.22) que cura su alma. Los que averiguan la causa de su enfermedad y que comprenden que al menos sean curados, perecerán eternamente son los que están dispuestos a aceptar el remedio del Gran Médico. ¡El ministerio curativo de Gran Médico es totalmente gratis!

Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 6.23).

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe (Efesios 2.8-9).

Hemos oído decir a varias personas, “No sabía apreciar mi buena salud hasta que la perdí”. Fui afortunado de conocer y tener comunión con dos presidentes de banco. Ambos de estos buenos hombres tenían graves enfermedades del ojo. Ambos me dijeron en diversas ocasiones, “Simplemente no sabía apreciar la buena vista hasta que la perdí”.

Tampoco puede alguien apreciar lo que Dios ha hecho por él; ¡ni puede apreciar la esperanza de salvación en Jesucristo *hasta que se dé cuenta que la ha perdido!* Cuando una persona se da cuenta de que está perdida y destinada a la perdición eterna, entonces puede apreciar el hecho de que el amor, la gracia, y la misericordia de Dios han proveído el remedio cierto por su purificación.

Hay dos extremos en la gente. Algunos tienen la actitud de que son de veras personas sobresalientes. Un hombre a quien se le acercó con la súplica de Cristo para persuadirlo a obedecer el evangelio declaró, “Sí, yo sé que yo sería una gran ayuda en la iglesia en esta comunidad. Soy una persona de influencia en esta comunidad, y tengo algunos talentos sobresalientes. Estoy seguro de que la iglesia necesita a alguien como yo con mis bienes y habilidades”. ¡En esta actitud se encuentra la razón verdadera por la cual tantas personas están en una condición perdida ahora! No tienen ningún sentido de culpabilidad ni necesidad. Realmente no se dan cuenta de que están perdidas. Tales personas nunca serán salvadas hasta que se den cuenta que están condenadas ante Dios y que cambien su actitud. Jesús enseña que todos tienen que hacerse “pobres en espíritu” y “llorar” antes de que puedan entrar a la familia de Dios y ser salvos (Mateo 5.3-4). Pero hay otro extremo. Algunos tienen la idea, “¡He sido tan malo y pecaminoso por tanto tiempo! He vivido una vida tan mala que simplemente no puedo creer que

Dios me perdone o me acepte”. Algunas personas tienen un mal concepto de Dios. Piensan que Él es un monstruo terrible con poder ilimitado que está dispuesto a romperlos en pedazos o agarrarlos por el cuello y gozosamente echarlos a las llamas del infierno. Tales ideas se basan en la ignorancia, el miedo, y la superstición. Su concepto de Dios está totalmente equivocado. Dios en Su gran misericordia perdonará al más vil pecador si ese pecador acepta y obedece Su voluntad. Note que Pablo le dijo a Timoteo, “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1.15). Pablo sabía que si Dios pudo salvar al primero de los pecadores, pudo salvar a todos los pecadores.

Qué maravilloso sería si todos los que están perdidos se dieran cuenta de que están condenados ante Dios y que necesitan el poder purificador del Gran Médico. Es cierto que algunos de ellos tornarían a Dios en obediencia al evangelio y que nacerían de nuevo del agua y del Espíritu, entrando así a la santa familia de Dios.

II. LO QUE DIOS HACE CON NUESTROS PECADOS

En primer lugar, *Cristo los lleva*. Pedro dijo, “Quién llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia: y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2.24). En lugar de “llevó”, algunas de las traducciones más recientes dicen “cargó” nuestros pecados. El pecado se representa como una carga terrible que no podemos llevar solos. Sin la ayuda divina nos aplastaría y nos destruiría. Hace poco vimos un documental en la televisión sobre la vida en México. Una escena mostró a un hombre con un burrito cargado bajo un peso tremendo. El burrito se cayó bajo esa carga, y a pesar de que su dueño le daba azotes y patadas, no pudo levantarse. Nuestra condición como pecadores es en muchos aspectos similar a la del burrito. Tenemos una carga que es demasiado grande para nosotros. Pero Jesús “llevó” o “cargó” nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Al leer este versículo, nos acordamos de un sacerdote antiguotestamentario que llevaba un sacrificio arriba al altar de bronce para ofrecerlo como holocausto. Pero Cristo mismo es el sacrificio. El “llevó” nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”.

En segundo lugar, Dios “remite” nuestros pecados. Pedro les dijo a los judíos concientes de pecado en el Día de Pentecostés: “Arrepentíos, y

bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38). Nuestros pecados se representan como una deuda tremenda que no somos capaces de pagar. Somos como el sirviente en la parábola de Jesús que le debía al rey 10.000 talentos, una suma equivalente a \$10 millones en nuestro dinero, no contando el tipo de inflación desde el primer siglo. ¡La deuda del sirviente sumaba a más de los impuestos que Roma exigía de toda la nación de Palestina en un año! Pero el rey tenía compasión por el sirviente y le perdonó la deuda entera. No había ninguna manera en que el sirviente pudo haber pagado su deuda. La compasión del rey por el sirviente era de verdad significativa. Nuestra deuda de pecado es tanta que la única manera de llegar a un arreglo es que la deuda sea remitida. (Véase Mateo 18.21–35).

La palabra *remisión* también se usaba en el Nuevo Testamento y en tiempos antiguos para referirse a la disminución de una enfermedad. M.R. Vincent en *Estudios de palabras en el Nuevo Testamento*, comentando sobre la palabra *remisión* en Lucas 3:3, dice, “La palabra ocurre en Lucas más frecuentemente que en todos los otros autores del Nuevo Testamento juntos. Usada en lenguaje médico de la disminución de enfermedad”.¹ Dios lleva a cabo la remisión de pecados a través de poder divino en respuesta a la fe y obediencia del pecador.

Dios, según Pedro, “borra” los pecados. En Hechos 3.19, Pedro mandó: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos del refrigerio” (Hechos 3.19). “Borrar” viene de un participio griego que quiere decir “quitar frotando, cancelar, borrar”. El filósofo griego Platón usó esta palabra para referir a la acción de quitar letras escritas frotando la superficie. Algunas personas en los tiempos antiguos frotaban o raspaban la superficie de un manuscrito y volvían a usar la superficie. Una tablilla para escribir de cera a menudo era raspada con una piedra pómez para borrar algo escrito en ella, y se usaba la superficie para volver a escribir algo diferente. En respuesta a la fe del pecador en Jesús y en su obediencia al evangelio, Dios “borra” sus pecados y lo considera justo. Como la escritura que era borrada o quitada de un viejo manuscrito frotándolo, Dios borra nuestros pecados y ya no nos los imputa.

¹ M.R. Vincent, *Word Studies in the New Testament*, (*Estudios de palabras en el Antiguo Testamento*), vol. 2 (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1946), 147.

¿Qué hace Dios con nuestros pecados? *Nos limpia de todo pecado.* (Véase 1 Corintios 6.9–11). Cuando Ananias vino a Saulo de Tarso, quién había estado orando y ayunando en Damasco, él dijo, “Ahora pues, ¿por qué te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22.16). Juan escribió, “Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7).

La humanidad cargada del pecado está representada como sucia e inmundada, necesitando desesperadamente ser lavada y limpiada de toda corrupción. La sangre de Jesús es un agente limpiador que nos lava los pecados. Pero la gente tiene que aceptar la expiación sacrificial de Jesús por medio de la fe para ser limpiada. Cuando la obediencia toma lugar, Dios nos lava los pecados y así nos limpia. Él “nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1.5).

El libro de Ezequiel, en el Antiguo Testamento, dice que cuando Dios perdona pecados, el “no le serán recordados” (Ezequiel 18.21–22). El Nuevo Testamento dice, “Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10.17). ¡Y Dios se olvida totalmente! Si Dios “ya no los recuerda”, será como si no se hubiesen cometido. A través de la expiación de Cristo en la cruz, estamos bajo un convenio nuevo y mejor, un convenio que ofrece el perdón gratis y completo, y que permite que Dios ya no se acuerde de nuestros pecados e iniquidades para siempre. Mientras que los israelitas tenían pecados e iniquidades que eran recordados “año tras año”, aquéllos a quien Dios perdona bajo el nuevo convenio, ratificado por medio de la sangre de Jesús, tienen la promesa de que sus pecados están olvidados.

En Miqueas 7.19, el profeta muestra dos cosas que Dios hace con nuestros pecados: “El volverá a tener misericordia de nosotros; *sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados*” (Miqueas 7.19; énfasis nuestro). En la primera parte de este versículo, el profeta representa nuestras iniquidades como una jauría de bestias feroces que nos ataca para destruirnos. Pero Dios nos quita estas bestias de encima, hollándolas bajo sus pies, y las destruye. En la segunda parte del versículo, se le representa a Dios echando nuestros pecados en lo profundo del mar. Es fácil visualizar la acción de Dios quitándonos los pecados de encima, echándolos en una bolsa, atándola firmemente, y echándola a lo más profundo del mar, donde se hunde cayendo hasta lo profundo, donde nunca puede volver a ser

recogida. En estos dos casos, Dios nos rescata de ser destruidos por nuestros pecados, en los cuales estábamos sin ayuda de escaparnos de ellos. Es fácil hacer visualizar también la primera imagen de una armada determinada a capturarnos, tal como las fuerzas de Faraón trataron de capturar a los israelitas mientras que huían del cautiverio en Egipto, pero Dios holla al enemigo bajo sus pies. En la segunda imagen, se puede visualizar a la armada egipcia siendo destruida en el Mar Rojo. Así, Dios rescata a su pueblo de los efectos ruinosos del pecado.

El salmista nos da una ilustración de lo que Dios hace con nuestros pecados: “*Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones*” (Salmos 103.12; énfasis nuestro). Es difícil imaginar una distancia más grande que la entre el este y el oeste. El traslado de nuestros pecados por Dios es tan completo, como el quitarlos de un punto a otro punto tan remoto como sea posible llevarlos. El perdón de Dios es absoluto. Adam Clarke nos da un comentario hermoso sobre este versículo: “Tal como el este y el oeste no se pueden encontrar en un punto, pero para siempre haber una distancia igual entre los dos, así nuestros pecados y su castigo decretado son llevados a una distancia eterna por medio de su gracia”.²

CONCLUSIÓN

A causa de la respuesta del pecador a la expiación sacrificial de Cristo en la cruz por medio de la fe y la obediencia, *Dios perdona nuestros pecados.*

² Adam Clarke, *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes (La Santa Biblia con comentario y notas críticas)*, vol. 3: *Job to Solomon's Song (de Job a Cantares)* (New York: Abingdon Press, sin fecha), 544.

La palabra *perdón* no se encuentra en el Nuevo Testamento en las traducciones más antiguas, pero se encuentra en el Antiguo Testamento numerosas veces. El *oconcepto* sí se encuentra abundantemente en el Nuevo Testamento. Dios se representa en la Biblia como un Dios de perdón. Pero el perdón no se le forza a nadie nunca. Los pecadores tienen que aceptar el perdón de Dios.

Durante la administración del presidente estadounidense Andrew Jackson en 1829, mientras John Marshall era presidente del tribunal supremo, George Wilson fue declarado convicto de un crimen y fue condenado a ser ejecutado. Por medio de los esfuerzos frenéticos de amigos que abogaban por su caso, un indulto completo fue escrito y llevado con gran prisa a Wilson a la prisión. *¡Pero George Wilson rehusó el indulto!* Después de mucha discusión, la corte proclamó este decreto: “Un indulto es una escritura, para la validez de la cual el entrego no es completo sin la aceptación. Puede ser rechazado, pero esta corte no tiene ningún poder que force a alguien a aceptarlo. Es poco usual pensar que un reo condenado a la muerte rehuse su indulto, pero, si lo hiciera, la ley queda igual”.

Dios ha escrito un indulto para cada uno de nosotros, pero la validez del entrego no es completo sin la aceptación. Le rogamos a usted que venga hoy mismo con una fe simple y confidente, arrepintiéndose de cada pecado que haya cometido, haciendo la buena confesión de su fe en Cristo, y siendo bautizado por la remisión de sus pecados. Como consecuencia, Dios lo aceptará y perdonará sus transgresiones. Venga ahora, pues ¿por qué perecer eternamente por haber rechazado y rehusado aceptar el perdón que Dios ya le ha otorgado? ■